

Torá y Cabalá

Por Eduardo Madirolas Isasa

La Cabalá es la tradición esotérica y mística del judaísmo. Ahora bien, toda la sabiduría de Israel se encuentra contenida en la Torá, palabra que designa a la ley revelada, dada por Dios a Moisés en el monte Sinaí, pero que literalmente significa guía, instrucción y enseñanza. Estos términos hay que comprenderlos en un sentido integral, al modo de la sabiduría antigua. De hecho, haríamos justicia al verdadero concepto de la Torá si le diéramos los significados complementarios de camino espiritual, sentido último de las cosas, ley que todo lo rige y manual de instrucciones para la conciencia superior. El intentar dar un sentido comprensible a estos asertos es el objetivo del presente artículo.

Si bien de un modo restringido la Torá son los cinco libros de Moisés o Pentateuco, la primera de las tres secciones en que se divide la Biblia hebrea (aunque por extensión viene a designar a toda ella) la tradición considera que ésta es sólo su parte escrita (Torá Sebijtav). Son necesarias para su comprensión y aplicación toda una serie de exposiciones e instrucciones que eran transmitidas de boca a boca, de ahí su nombre de Torá oral (Torá Sebeal pé), y que se considera que también fueron reveladas a Moisés. Finalmente fueron puestas por escrito en el Talmud, ya que corrían el peligro de perderse tras la destrucción del segundo templo y la dispersión del pueblo judío.

La parte más interna, la más recóndita u oculta del sistema, que también formaba parte de la Torá oral, siguió sin embargo siendo esotérica, enseñándose sólo de modo personal, a uno o a unos pocos discípulos. Eso es lo que constituye todo el conjunto de enseñanzas místicas y técnicas de desarrollo espiritual, algo así como la guinda que corona la tarta del judaísmo, y que más tarde afloraría bajo el nombre de Cabalá. Esta palabra significa recepción, lo que alude, sin duda, al modo de transmisión, pero también al acto de “revelación” interior que abría las puertas hacia las experiencias místicas límite llamadas “mundos superiores”. Sólo entonces el aspirante era considerado mecubal, es decir, recibido.

Mientras que en algunos momentos de la historia ciertas partes de la Cabalá también fueron puestas por escrito, éstas se refieren sobre todo a los aspectos teóricos y especulativos, que además podían ser vertidos en el lenguaje de los tiempos. La parte práctica, las claves psicológicas y las técnicas de elevación espiritual (así como las propias experiencias personales de los cabalistas), se mantenían en secreto en el seno de pequeños grupos o sociedades y eran enseñadas sólo a unos pocos discípulos dignos de ello.

No siempre ha sido así. En tiempos bíblicos, durante la época de Salomón, el Talmud nos informa de que literalmente había millones de individuos introducidos en los misterios proféticos¹. Por lo críptico del propio texto sobre las circunstancias personales de los profetas, parece como si éstos surgieran de la nada, por una elección divina, sin ningún esfuerzo o trabajo previo por su parte. Esta es una de las muchas ideas falsas preconcebidas con que nos enfrentamos a la interpretación del Tanaj, o Biblia hebrea. Nada más lejos de la realidad. Eran necesarios años de intensa práctica y disciplina antes de poder concentrar y canalizar el poder espiritual suficiente para siquiera tener la oportunidad de ser “elegido”. Está atestiguado que había escuelas especializadas en la enseñanza de la profecía y otros estadios de iluminación conocidos genéricamente como Rúaj HaKodesh (Espíritu Santo). Porque la profecía era quizá el último estadio de la escala mística, y aún dentro de ella había numerosos grados de

¹ Megilá 14^a; Shir HaShirim Raba 4:22; Rut Raba 1:2. Esta información está tomada del libro “Meditation and the Bible”, del rabino Aryeh Kaplan. Samuel Weiser, Inc.

realización. En general, las experiencias místicas y espirituales personal no eran raras en aquellos días.

Ciertamente, los profetas bíblicos deben ser contados entre los grandes místicos de todos los tiempos. Sus elevadas técnicas de meditación, entre las que se encuentra toda la tradición de los Nombres de Dios y, por supuesto, del poder de las letras hebreas como instrumentos de meditación, son prácticamente desconocidas, habiendo sólo sobrevivido en parte en la Cabalá. Precisamente, una de las principales ramas de ésta recibe el nombre de “profética”, por dejar en un segundo plano la especulación teosófica para concentrarse en las prácticas conducentes al éxtasis.

En general, los profetas asumían funciones de guías del pueblo y esto es de lo que trata la parte conservada de sus escritos. El hecho es que, en parte por su compromiso político, enfrentado al poder establecido (político y religioso), en parte por las desviaciones populares fáciles hacia la idolatría, el ocultismo y la hechicería, con sus peligros inherentes (lo podemos ver en la proliferación actual de cultos y sectas), las escuelas proféticas fueron perseguidas y finalmente abolidas. Sólo unos pocos grupos, pequeños y cerrados, pudieron mantener viva y activa la cadena de la recepción.

El proceso de ocultación se realizó con tanto éxito que cuando algunas partes de la Cabalá salieron finalmente a la luz muchos objetaron que esta tradición no formaba verdaderamente parte de la revelación sinaítica (y por tanto de la Torá), que era una elucubración personal, en todo caso una elaboración muy posterior, reflejando, o incorporando incluso, influencias no judías. Sin negar las posibles influencias, probablemente en ambos sentidos, nos atenemos a lo escrito en el tratado Pirké Avot, escrito en la época talmúdica, en donde leemos que hubo una cadena de transmisión constante: “Moisés recibió (Kibel, de donde deriva la palabra Cabalá) la Torá en el Sinaí, y se la transmitió a Josué, y Josué la transmitió a los ancianos y los ancianos a los profetas y los profetas la transmitieron a los sabios de la Gran Asamblea”². Fue en este periodo de reconstrucción, al retornar del exilio babilónico, cuando se declaró “oficialmente” cerrada la etapa de la profecía. Siguió unos siglos de silencio y después afloraron las experiencias visionarias de la Mercavá, pero en los “cabezas de academia”, en los más sobresalientes individuos llamados “lámparas de la Torá”, es decir, de forma muy minoritaria y extremadamente selecta.

Ahora bien, la pregunta es la siguiente: Si la revelación sólo consistió en los preceptos literales, que Moisés consignó en unos libros, junto con unas instrucciones verbales para practicarlos, ¿qué sentido tiene decir que le transmitió la Torá a Josué, etc., puesto que ya era pública, ya que todos debían cumplirla?

Es evidente que lo que transmitió es la parte interna de la misma, la conexión efectiva con los mundos superiores, y en particular con su vértice superior, llamado la fuente divina de todas las cosas. El poder espiritual es precisamente lo que se “recibe”, el verdadero sentido de la palabra Cabalá. Pues un cabalista no es un erudito, alguien versado en libros, incluso que conociera de memoria todas las interpretaciones místicas de la Torá. Como hemos apuntado antes, no hay cabalista sin revelación interior, sin estar conectado y transmitiendo, ya que, por seguir con el símil eléctrico, como sabe todo el que intenta transitar las sendas del espíritu, el que está enchufado y no transmite, cortocircuita.

Y el instrumento de conexión es precisamente la Torá, entendida y vivenciada de un modo particular, en un compromiso total con ella. Así se comprende que su estudio sea el precepto fundamental del judaísmo, ya que, en principio, la revelación del Sinái fue pública, abierta a todos, y todo judío, por definición, está llamado a un alto grado de

² Pirké Avot. Cap. I. Mishnah 1.

desarrollo espiritual: "Pueblo de sacerdotes y nación santa", en palabras de la propia Torá³.

A una mentalidad que ha pasado por la crítica de la razón y la revolución científica tecnológica le puede resultar absurdo (o insensato) este punto de vista total, especificado en la vieja enseñanza rabínica de que toda la sabiduría se encuentra contenida en la Torá. ¿Cómo se puede hablar de sabiduría en un sentido absoluto en un texto tan polifacético, que incluye relatos de teofanías y otras manifestaciones espirituales, preceptos de conducta ética, documentos de historia, política y antropología, así como fragmentos de filosofía y cosmovisiones primitivas? Pero la respuesta es que la Torá es pluridimensional, con muchas lecturas e interpretaciones bajo la apariencia de una narrativa lineal que la hace aparecer un libro cerrado y sellado. Aquellos que simplemente la contemplan a la luz del flujo entrópico de la historia, se quedan en los vestidos (por utilizar la metáfora del Zohar), apenas perciben el cuerpo, y menos aún el espíritu que lo anima.

"¡ Ay del hombre que dice que la Torá presenta meros relatos y palabras corrientes, porque, si este fuera el caso, nosotros mismos en la actualidad podríamos componer una torá y hacerlo aún mejor!", se lamenta el Zohar por boca de Rabí Shimón Bar Yojai⁴. Y continúa explicando Bar Yojai, uno de los más grandes místicos de la humanidad, que la Torá tiene un cuerpo, que son los preceptos, el cual aparece cubierto con los ropajes de las narraciones de este mundo. Es de necios mirar sólo a los vestidos, porque su valor reside en el cuerpo, y el de éste a su vez en el alma: "Los que saben algo más miran al cuerpo debajo de la ropa. Pero los sabios, los (auténticos) servidores del Rey Supremo, los que estuvieron en el monte Sinaí (en cualquier tiempo y lugar) miran sólo al alma, que es el fundamento de todo, la verdadera Torá. (Pero todavía hay un más allá) Y en la vida futura (entendida como un estado atemporal del ser o como un nivel de conciencia superior) están destinados a contemplar el alma del alma de la Torá⁵.

Es evidente que si se quiere comprender algo de lo que aquí se está hablando, hay que abandonar la dimensión relativa y entrar, siquiera como hipótesis de trabajo, en otra categorización de la realidad, que se va a basar, a la vista de todo el uso hermenéutico del texto bíblico como preparación para la experiencia mística, en otra forma de entender el lenguaje. Hay que darle a éste un papel no neutro en el acto del conocimiento, admitiendo que entre conocedor y conocido hay una superficie de contacto que actúa como filtro, y que está constituida por el nivel descriptivo de la realidad, el cual selecciona, limita, configura en suma, lo que es la experiencia de esta realidad. Si se admite esto, se puede vislumbrar que diferentes modelos de la realidad (o diferentes estratos de significación de un mismo modelo) puedan mostrar, y de hecho muestren, de una forma no trivial, distintos paisajes gnoseológicos y vitales.

El punto de vista aceptado es que el lenguaje es un espejo, más o menos translúcido de la realidad. ¿No puede ocurrir a la inversa, que la realidad sea como un "modelo" del lenguaje (en el significado semántico del término), es decir, una estructura que verifica o valida las proposiciones lingüísticas? Después de todo, ¿dónde sucede el mundo? ¿Ahí afuera, o en el sistema nervioso? ¿Qué resulta ser, por tanto, exterior y qué interior?

Hay un nudo gordiano que enlaza inextricablemente a los vértices del triángulo objeto/lenguaje/sujeto. La filosofía antigua da preponderancia al objeto, y es tildada de realista ingenua. La filosofía moderna parte del sujeto, y termina en un idealismo a

³ Exodo, 19:6.

⁴ Zohar III, 152 a.

⁵ Ibid. Todas las frases entre paréntesis son del autor de este artículo.

ultranza. La filosofía contemporánea - y posiblemente la futura - necesita enfatizar el tercer término, el lenguaje, pero en sus tres campos de semántica (relación con el objeto), pragmática (relación con el sujeto) y sintaxis (relación consigo mismo). La ciencia contemporánea (léase física cuántica) se halla perpleja ante las paradójicas intersecciones de los tres términos. El cabalista opta radicalmente por una visión monista, devolviendo a la palabra su estatus ontológico y creador. Los tres vértices son uno y el mismo. Existen actualmente como “separados” para determinado nivel de conciencia, el cual es una fase de desarrollo o desenvolvimiento de un “algo” único omniabarcante. Este es el modo en el que considera al lenguaje (sagrado) en el cual está escrita la Torá.

Quizá si utilizamos la palabra “programa” (de software) en vez de “lenguaje” y consideramos a la realidad como un metaprograma (pues todo orden conlleva inherentemente una cantidad de información) procesado por la “maquinaria cósmica” tendremos una imagen plástica de lo que se quiere decir. En lugar de maquinaria, y ya que ella misma debe formar parte del programa, habría posiblemente que utilizar conceptos como “inteligencia universal” o “mente divina”, dejando estos términos sin especificar más que por analogía.

Y así, la hipótesis es que, en forma codificada, la Torá es ese programa. En sus propios términos, el presupuesto de partida es que la Torá es palabra directa de Dios. Y es, hasta cierto punto, indiferente cómo se entienda este concepto de Dios - a qué se aplica exactamente - ya que todo el mundo sabe que es un velo, o un fondo, puesto delante de lo incognoscible. A algunos les resultará sugerente, sin duda, alguna imagen evocadora, como, por ejemplo, la imagen del gran polo positivo de la batería cósmica, y considerar el mundo como energía (en el fondo todos esos términos son también elementos lingüísticos). La energía no sería puramente física -esa sería su circunferencia exterior - sino una energía viva, consciente, dadora y creadora (estamos empezando a construir otro modelo), a la que los antiguos llamaban Luz, entre otras cosas por su carácter intelectual. De ella derivarían todas las energías particulares, ya sean espirituales, mentales o físicas, en un continuo que rompe sus simetrías y diferencia sus elementos (metáfora de la Gran Explosión). No podemos evadirnos de usar imágenes y, al menos, éstas se expresan en términos de uso corriente hoy.

Lo que parece lógico es que todas las propiedades de lo generado deben dimanar de algo equivalente en el dimanador - aunque en otro orden de magnitud mucho más exaltado, y eso porque la mente no puede pensar más que en un número finito de categorías - lo que justifica los antropomorfismos usados: cuerpo, mente, palabra, pensamiento de Dios. Y el camino lógico, de nuevo, es el que invierte los términos: no es que el ser humano, que piensa, mediante una proyección primitiva, atribuya esta característica a un ser superior (proyección así mismo de su propio ser). Es más bien que el pensamiento humano es una contracción (tsimtsim, en lenguaje cabalístico) de la propiedad equivalente divina. Y así sucesivamente.

En esta concepción, si la Torá es la concreción (o contracción) del programa divino, contiene al mundo y a todas sus leyes, si se sabe leer. Como dice el Midrash de los Salmos (sobre el tercero): “Si los capítulos de la Torá se hubieran dado en su orden correcto(entiéndase si la Torá estuviera escrita en forma abierta, no cifrada), cualquiera que los leyera podría crear un mundo, hacer milagos y resucitar a los muertos. Por eso, el verdadero orden de la Torá fue ocultado y lo conoce solamente Dios”.

También la Torá contiene al ser humano, e incluso a la propia dinámica divina. Porque, como dice Gershom Scholem⁶: “La Torá no es en realidad otra cosa que el gran

⁶ Desarrollo histórico e ideas básicas de la Cábala. Pag. 207 y ss. Editorial Riopiedras.

Nombre del propio Dios. En ella Dios expresa su propio ser en cuanto éste tiene que ver con la creación y en cuanto puede manifestarse a través de la creación⁷. Así, por encima de la torá oral y de la torá escrita, está la Torá primordial, que es como decir la sabiduría, el espejo de la verdad divina, en el que Dios se mira a sí mismo (y de ahí la referencia al Nombre de Dios) y conoce todas las cosas en un eterno ahora: un estado de omniconciencia, descrito como pura luz, en el que todas las cosas existen atemporalmente como ideas vivientes, como en su arquetipo, antes de ser creadas en los mundos. Esta es la Torá que, según la tradición, Dios consultó durante dos mil años (una referencia a la primera letra del Génesis) para crear el mundo (y que no es otra cosa que su Pensamiento).

Las letras de la Torá no son, por tanto, las letras escritas sobre pergamino (de la misma forma que un interruptor no es la corriente a que da paso), sino las distintas configuraciones primordiales que ha asumido la luz o energía divina (su Pensamiento), algo así como los distintos tipos de fuerza que existen. Las combinaciones de letras, en nombres, palabras, versículos, etc., en cuanto concreciones lingüísticas del pensamiento creador, son el agente formativo de la realidad. Esta es lenguaje y, en última instancia, reducida por las técnicas meditativas cabalísticas de construcción y de destrucción semánticas (para hacer audible la música del pensamiento puro, en palabras de Scholem), la realidad se torna conocimiento, sabiduría, conciencia pura, luz.

No se trata, por supuesto, de negar los acontecimientos históricos o la validez de las prescripciones éticas. Los distintos estratos interpretativos, y la tradición considera cuatro - literal, alegórico, metafísico y místico - no pueden ser contradictorios entre sí, sino más bien complementarios. Lo que se pretende es abrir una ventana a lo eterno en medio del tiempo. Espacio y tiempo, desde el punto de vista místico, son relativos: son instrumentos separadores (o diferenciadores) de elementos que, arquetípicamente, están unidos. Dios piensa en arquetipos. Este es el lenguaje que el cabalista se esfuerza por aprender. Su objetivo es vivir con un pie en cada mundo, haciendo de puente entre ellos.

Todo lenguaje especializado, sea formal o simbólico, requiere un aprendizaje. La Cabalá, el lenguaje interno de la Torá, no es distinta en ese sentido. Pero hay una diferencia y es que no hay Cabalá sin compromiso: puesto que el mundo y el propio ser humano está contenido en ese Lenguaje que procesa el campo unificado de conciencia/energía, utilizar ese lenguaje es actuar sobre sí mismo y el mundo. Es como si una parte de un acelerador de partículas elementales fuera volitiva y autoconsciente, y pusiera por sí misma en funcionamiento el sistema del cual forma parte, incorporándose al flujo de energía que actualiza las ecuaciones fisicomatemáticas de las interacciones entre partículas.

Eso hace el ser humano con su pensamiento, con su concentración, con sus técnicas de meditación, con sus acciones éticas y simbólico-rituales intencionadas. Un Nombre Divino, por ejemplo, es como una ecuación: sus letras son operadores que actúan sobre determinadas configuraciones de esa energía que estamos considerando y que en Cabalá recibe el nombre de En Sof Or, la Luz infinita, procesándola y haciéndola, por así decir, más activa. Y actualizándola, el ser humano se hace cada vez más transparente, más poroso a esa Luz, saltando cuánticamente a órbitas de comportamiento y de ser cada vez más energéticas, más espirituales, transformándose por completo en el proceso.

Este camino está abierto a todos, si se está dispuesto a trabajar lo suficiente. Por cierto que, por involucrar el todo de la persona, tiene sus riesgos y peligros: no hay más

⁷ Me he tomado la libertad de cambiar el tiempo del verbo a presente porque Scholem habla de la Cabalá como algo pasado.

que ver los términos impresionantes en que viene descrita la experiencia del Sinaí⁸ - el fuego, la nube, la densa humareda... - y que representan barreras mentales que el meditador tiene que atravesar para alcanzar los planos espirituales. O las cuatro cáscaras de la visión de Ezekiel que encierran en su interior el núcleo: el viento tempestuoso del norte, que representa todas las agitaciones de la mente ordinaria (y que en estado de meditación se amplifican al infinito); la gran nube, que representa el estado de opacidad mental que sobreviene al trascender el anterior; el fuego relampagueante, o luz oscura, también llamada fuego del purgatorio, en el que el ser se ve claramente y tiene que purificar toda traza de negatividad; y, por último, el resplandor, que ya deja atravesar una cierta luz, pero que no permite ver claramente. Y en medio del resplandor, el jashmal, o silencio hablante, la fuente de la verdadera visión, análoga a la voz silenciosa del profeta Elías después de atravesar estadios similares a los descritos anteriormente. O la experiencia de los cuatro rabinos talmúdicos que entraron en el Pardes (acrónimo que significa que practicaban las artes místicas): uno murió (se quedó en el significado literal), otro se volvió loco (se quedó en el significado alegórico), otro apostató (se quedó en el significado metafísico), tan sólo Rabí Aquivá supo entrar en paz y salir en paz (alcanzó el significado místico).

Evidentemente hay muchos niveles de realización y no todos pueden alcanzar las mismas alturas. Quizá las experiencias cumbres, hasta la llegada de la era mesiánica (edad de oro), sean patrimonio de unos pocos. Pero el mínimo - y nos hallamos actualmente muy por debajo del mínimo - es para todos. Porque un cierto grado de conexión, elevado incluso, es accesible. Esta es la recepción, la cabalá, la llamada devekut o adhesión a la fuente divina. La devekut es un mandamiento de la Torá: “ A El te adherirás”⁹. Por tanto, obliga a todo el que la sigue.

Ese momento de dicha, la devekut, de comprensión sin límites, que resuelve no sólo la ecuación del mundo, sino también la propia - la del propio ser y destino - es el estado de conciencia que de partida corresponde a Adam, el ser humano arquetípico, del que la tradición afirma que podía ver de un extremo al otro del universo. La tradición afirma que la Torá es el Árbol de la Vida que nos hace retornar al Edén, otro nombre de la Sabiduría. Pero antes de poder comer de él, y vivir para siempre, es necesario pasar por la espada del keruv, hecha del fuego del jashmal, que se halla en el fondo de la propia mente.

⁸ A la que todo un pueblo de más de tres millones de personas tuvo acceso; sólo que tuvieron miedo y retrocedieron, delegando en Moisés, la facultad de la experiencia directa (Ex. 20: 18-19)

⁹ Deut. 10: 20.